


M. Ramirez Aparicio

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
59

OBRAS
DE
DON MANUEL RAMIREZ
APARICIO
—
LOS CONVENTOS
SUPRIMIDOS EN MEXICO
—
TOMO I.



MEXICO
—
IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.
1908

PQ7297

R26

v. 1



BIBLIOTECA



NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

Nació el señor Lic. Don Manuel Ramírez Aparicio, en una aldea del Estado de Puebla, Los Reyes de Acatzingo, el 12 de Marzo de 1831. Su padre, el señor Don Manuel Cristóbal Ramírez de Arellano, murió dejando á su hijo de edad de dos años. El P. Filadelfia se encargó de la primera instrucción del niño; y cuando éste tuvo once años, su madre, la señora Doña María del Carmen Aparicio, lo envió al Seminario de Puebla. Entonces compuso sus primeras poesías, algunas de las cuales (las que escribió teniendo dieciseis ó dieciocho años) aparecieron en su libro "Consuelos y Esperanzas."

Después de graduarse de bachiller, pasó á la Capital de la República, á fin de

estudiar leyes en el antiguo colegio de San Ildefonso.

En 1856 obtuvo el título de abogado, habiendo sido pasante del famoso Lic. Don José M. Cuevas.

Poco después fué nombrado Oficial primero de la Sección de Crédito Público en el Ministerio de Hacienda, y en ese puesto sirvió al país con inteligencia y honradez.

Por los años de 1859 y 1860, fué el señor Ramírez redactor de la "Gaceta de los Tribunales," y en ese periódico—fundado por el Lic. Don Luis Méndez—se publicaban los extractos que su redactor hacía de todas las causas criminales. En esta época era también Jefe de la Sección de Desamortización en el Ministerio de Hacienda, del que estaba encargado á la sazón Don Guillermo Prieto en el gabinete del Sr. Juárez.

Durante la intervención francesa, el señor Ramírez se vió obligado á salir de la capital, siguiendo al Gobierno de quien era empleado.

De San Luis Potosí, ciudad donde aquél se disolvió, pues sólo continuaron hácia la frontera el Presidente Juárez y sus Ministros, pasó el señor Ramírez á Durango; y allí, en compañía de Don José Antonio Godoy, se encargó de la

redacción del periódico oficial del Estado, que tenía por título "La Libertad."

En esa época desempeñó algunas comisiones delicadas del General Patoni cerca del General González Ortega.

En 1864, establecido ya el imperio de Maximiliano, se vió obligado á regresar á México, y aquí desempeñó el cargo de auditor del Congreso de Estado y de Secretario de la Dirección de Caminos.

Pocos meses después del triunfo de la República, en 1867, el 10 de Diciembre de ese año, falleció el señor Ramírez en el rincón de su ignorado hogar á donde se había retirado, con el ánimo decaído y profundamente desalentado.

En 1858 había contraído matrimonio con la señorita Estefanía Castañeda, hija del señor Lic. D. Marcelino Castañeda, que ocupó distinguido lugar en el foro mexicano.

Según testimonio de Don Francisco Zarco, que lo conoció y trató, el señor Ramírez Aparicio "fué un modelo de virtudes privadas."

Digamos algo ahora de sus obras literarias.

Desde muy joven dió pruebas de su afición á la poesía, y ya queda dicho, que en el Seminario de Puebla, cuando sólo

contaba dieciséis ó dieciocho años, escribió sus primeras composiciones.

Ese amor á las letras se acrecentó en él durante su permanencia en el colegio de San Ildefonso. En las distribuciones de premios, de cada año, casi siempre leía él mismo alguna de sus poesías, obteniendo calurosos aplausos y felicitaciones de sus profesores y compañeros.

Aparte de esto, los periódicos de la capital publicaban, con beneplácito, composiciones suyas en prosa y verso. "El Siglo XIX," entre otras, publicó en 1855 una novela del señor Ramírez Aparicio con el título de "El Cura de Almas."

En 1858 publicó un tomito con el título de "Consuelos y Esperanzas" en que aparecen coleccionadas sus composiciones en verso, y al frente de ellas figura un prólogo que es un reflejo del estado social de la época, y en el cual el autor expone sus ideas sobre la poesía en general, y sobre lo que, acerca de ella, se sentía y pensaba entonces en México.

Dice que al poeta se le tenía en muy triste concepto, cual era el de un utopista, el de un soñador, cuyos proyectos benéficos encaminados á las reformas y adelantamiento social, no podían en modo alguno llevarse á la práctica porque se pensaba que tales medidas y proyectos,

simplemente por salir de los dabios de un poeta, eran lucubraciones, sueños, poesía.

"Afortunadamente—agrega después el señor Ramírez—no es éste el modo general de concebir y apreciar entre nosotros;" y después de afirmar que el joven que ha recibido el sagrado privilegio de la inspiración poética no debe desalentarse con la idea de ser tenido por un apóstol de la mentira, agrega:

"Por otra parte, el pueblo mexicano, si quiere ser justo, jamás podrá desconocer esta verdad, y es, que mucho de lo que es y será en adelante, lo debe á sus poetas que no han vivido en medio de él inútiles y ociosos, que no sólo fueron hombres de gabinete, sino que supieron hermanar el estudio y la acción, la ciencia y las virtudes, la palabra y los hechos; y que en esta doble vida le han prestado servicios eminentes, contribuyendo no poco á desarrollar en su seno la semilla del bien, y rodeando su nombre de una aureola de inmortalidad."

En comprobación de su aserto, cita á Navarrete y á Sánchez de Tagle, á Calderón y á Gorostiza, que prestaron importantes servicios á la sociedad y á la patria.

Para concluir, señala el autor los san-

tos y nobles destinos de la poesía, así como también la alta misión del poeta. "Su influjo—dice—se extiende al órden físico y al moral, al mundo de la inteligencia y al mundo de la materia. A manera de un diestro piloto, conduce el espíritu humano por los tenebrosos mares del presente á las espléndidas regiones del porvenir. Ella le da al corazón lo que más necesita en esta época: "consuelos y esperanzas."

Así pensaba el señor Ramírez, y así procuraba él practicarlo al escribir. Por eso en todas sus composiciones poéticas se encuentran acentos de fé y de esperanza, de ternura y de consuelo, que derraman sobre el alma un bálsamo delicoso y reparador.

En 1861 publicó otro tomo de poesías, al cual puso por título "Cantos Patrióticos y Amorosos." En él se registran setenta composiciones.

Al verificarse en 1861 la expulsión de religiosos y religiosos de sus respectivos conventos, en esta capital, tuvo el señor Ramírez la feliz idea de escribir y publicar una serie de artículos biográficos, con el nombre de "**Los Conventos Suprimidos en México.**"

Proponíase con esta obra, no sólo satisfacer una deuda de gratitud á esas an-

tiguas instituciones, á las que tanto debía la sociedad, sino salvar del olvido la memoria de muchos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y legaron á la patria obras útiles y dignas de eterna recordación. "¿Echaremos por tierra—decía el señor Ramírez—física y moralmente esos montimentos seculares que fueron el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?"

Animado, pues, y sostenido por ese generoso impulso, emprendió el entusiasta escritor la obra que queda mencionada, la cual publicó por entregas el activo y benemérito editor Don José María Aguilar Ortiz.

En ella, á la manera que lo había hecho Don Víctor Balaguer en España, con su libro "**Los Frailes y sus Conventos,**" mezcló la tradición y la historia, la piedad y el sentimiento, escribiendo narraciones interesantísimas, algunas de ellas hasta dramáticas, con toda la riqueza de colores y esa poesía del pasado, que tan singular encanto comunica á las obras de este género.

Algunos errores, sin duda, se deslizaron en esas narraciones; mas puede asegurarse que no fueron de mala fé, sino tal vez debido á la falta ó insuficiencia de los datos que tuvo á la mano.

Seamos indulgentes con el autor, ya que, por otra parte, debemos agradecerle su obra meritoria y patriótica, con la cual prestó un servicio á la historia, no menos que á la causa de la civilización cristiana.



INTRODUCCION

Preciso es aceptar los sucesos como vienen. A fines del año pasado y principios del corriente asomó la revolución por las calles de la capital con la sonrisa en los labios y la frente coronada de gloria: tuvimos días de regocijo febril, incomparable, inmenso; vivas y gritos frenéticos, casas engalanadas, banderas flamantes de todos colores y matices, arcos suntuosos, flores y guirnaldas para los vencedores, triunfos menos ceremoniosos, menos oficiales, más sinceros que los de los antiguos romanos, y lo más notable de todo, repiques á vuelo que escuchaba el sol al dejar los brazos de la aurora y segrían tributándole estrepitosas armonías aun después de reclinarse á descansar en su lecho de púrpura.

Mas ¡oh triste condición del humano linaje! por qué la alegría de unos se compra á costa de la amargura y padecimientos de otros? Para que un hombre sea feliz, ¿por qué es forzoso que sea desgraciado su semejante? No tratemos de romper los sellos del libro del destino.

Lo cierto es que en medio de la grandiosa fiesta no faltaban excepciones de luto. Entre los rostros animados con el color sonrosado de la dicha, había otros, y no pocos, desencajados por la sorpresa y el desaliento: las miradas de amor y de júbilo se cruzaban con las miradas centelleantes de cólera, ó empañadas con el desdén. Por entre nuestros hermanos del bando vencedor se deslizaban nuestros hermanos del bando vencido.

Entre los grupos que se formaban en las aceras, pasaban escenas curiosas. Hallábase un joven charlando y riendo con algunos amigos en la tercera calle de San Francisco. Repentinamente un sujeto misterioso le dirige la palabra en estos términos:

—Caballero, ¿me permite usted un instante?.....

—Mándeme usted, contesta el joven, dejando su alegre compañía y alejándose algunos pasos.

—¡Vaya! ¿con que no me conoce usted?

—Me parece que.... nunca he tenido ese honor.... ¡Ah!.... vamos.... vamos.... sí.... ¿no es usted Fr. M?.....

—Es posible que tan olvidadizo sea usted?

—Pero, "Pater," ¿cómo iba á descifrarlo si está usted hecho un enigma, un jeroglífico egipcio?

—Calle, hermano, por amor de Dios, no me comprometa; más bajo, más bajo.

—¡Qué miedo es ese, si está usted inconocible con el disfraz!

—Pero no faltará algún oficioso que....

—¿Y qué?

—Las iras populares.....

—Hombre, ¿viene usted de la luna! ¿tan poco así conoce usted el corazón de sus paisanos?

En efecto, nuestro fraile nada tenía que temer, y por lo demás al joven le sobraba razón. ¿Quién podía adivinar á un ex religioso en un elegante "rojo" de cobarta encendida, sombrero á la Garibaldi y varita flexible?

De esta metamórfosis tuvimos innumerables pero innecesarias porque á ninguno se maltrató y si al día siguiente á la entrada de las huestes victoriosas quedaron vacíos los conventos, no fué menester valerse para ello de la fuerza: el hecho se verificó en silencio, sin aparato, como un fenómeno en que no se piensa, como el

fruto maduro que cae por su propia virtud.

Otra cosa pasó en la refundición de las comunidades de religiosas.

Una noche—¡noche terrible!—se oyó rodar por las calles un desusado y prolongado estruendo: no parece sino que todos los coches de la ciudad se han vuelto locos, y vagando ora por aquí, ora por acullá, han dado en el tema de no dejar dormir á los pacíficos moradores.—¿Qué será eso? preguntábamos á la almohada, ¿qué sucederá?

Entre tanto, paraban los carruajes á las porterías de los conventos de monjas, y los ciudadanos comisionados se entraban de rondón, intimando á las reverendas la orden de exclaustrarse para ir á mudar aires á otro monasterio.

—Pero señores, ¡por amor de Dios!...

—¿Cómo puede ser eso?

—Sea lo que Dios dispone.

—Hágase su voluntad.

—Pero ¿adónde hemos de ir? ¡esto es inicuo!

Tales eran las frases que interrumpían el silencio pavoroso del claustro; pero los incógnitos ciudadanos comisionados tenían una tapia en los oídos, y á todas las observaciones sólo contestaban, restregándose las manos.

—Vamos, vamos, “señoritas,” no tenemos tiempo que perder.

En efecto, el tiempo era limitado.... la noche.... porque de día tal vez... los ciudadanos comisionados hubieran tenido.... asco de penetrar en los conventos ó bien, porque sólo de noche pueden llevarse á buen término ciertas travesurillas ministeriales.

Es fama que algunas pícaras novicias al oírse llamar “señoritas,” olvidaron por un instante su dolor y sonrieron.... No faltó madre de las que aún no entran de lleno en la categoría de las monjas “graves” que hiciese lo mismo. Y después de todo, ¿no será excusable semejante falta que no pasa de venial? Una muchacha linda y fragante como una azucena ¿no se fastidiará de oírse llamar todo el día y á toda hora “madrecita, mi reverenda madre, cómo está su reverencia?”

Pero volviendo á los ciudadanos comisionados, es menester hacerles justicia: se manejaron de perlas, porque son hombres “come bisogna”; y á la mañana siguiente, cuando todos nos preguntábamos qué sucedió anoche, se nos contestaba en tono festivo, indiferente ó sepulcral:—han exclaustrado á las monjas.

—¿Cómo así?

—Como lo oye usted; se han refundido

unas comunidades en otras, y todos están yendo á visitar los conventos vacíos.

Este es un suceso de los que, como decíamos al principio, es preciso aceptar. ¿Viene de Dios? ¿viene de Satanás? Todo puede ser, mayormente si el lector opina como algunos, esto es, que Satanás es..... todos nosotros.

Pero después de tan extrañas aventuras, apareció la destrucción con semblante azorado, y con su pesada barreta empezó á descargar golpes furibundos sobre los desdichados conventos.

Este es otro suceso como los demás: es preciso también aceptarlo; mas no como viene, porque podemos influir en él ó siquier en sus consecuencias. Y aquí disimule el lector que perdamos los estribos.

¿Y ya no hacen falta los frailes? ¿son plantas sin savia? ¿los conventos ya no ejercen en la sociedad actual la benéfica influencia que en los primeros años de su establecimiento?

En hora buena. ¿Pero nada les debemos? ¿ya nos decargamos de nuestra deuda de gratitud?

La revolución ha sacudido esos mundos paralizados como una revolución geológica.

Pero dejaremos perecer en el sueño del olvidado la memoria de algunos hombres

virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendición? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser después.

Penetrado de esta verdad, no he vacilado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los "estudios" que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá día en que pueda extenderlos á los de otras poblaciones de la República. Este es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida, pero la posteridad tomará cuenta á la actual generación del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolición.





SANTO DOMINGO

I

Las Momias

Pero entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente sería nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de embrocarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornisas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un vía-cruis edificante, una peregrinación á Palestina. Pero meses hace, la visita que proponemos tenía un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y co-